

de la tierra, á los angélicos conciertos en los cielos. Digamos otra vez: Santos y Santas de Dios, ¿qué gloria hay que con la vuestra compararse pueda?

### CAPÍTULO XXXIII.

*De lo que, muerta la amada santa Isabel, avino á sus hijos y parientes; y de muchos grandes Santos que de su raza salieron.*

O quam pulchra est casta generatio cum claritate! immortalis est enim memoria illius; quoniam et apud Deum nota est, et apud homines... in perpetuum coronata triumphat, incoquinatorum certaminum prae-mium vincens.

(Sap. iv, 1, 2.)

No llevarán á mal mis lectores el que dedique el presente capítulo á dar algunos breves pormenores acerca de la suerte de los hijos de Isabel, así como de los principales personajes que han figurado en la historia de su preciosa vida.

Siguiendo el orden con que fueron sucesivamente desapareciendo del mundo, encontramos primero al padre de nuestra Santa, el rey Andrés. La noticia de la muerte de su hija le hundió en profunda tristeza,

causada principalmente por la idea de no haber sabido apreciar y honrar, cual se merecía, la virtud de aquella hija, dejándola, como la dejó, tan fácilmente en brazos de la miseria y el abatimiento. Tuvo, sin embargo, el consuelo de ver su santidad reconocida por la Iglesia y proclamada en el mundo cristiano; pero á poco de la canonicación de Isabel, también él partió de este mundo <sup>1</sup>.

La suegra de Isabel, Sofia, murió también en 1238, dos años despues de haber asistido á la solemne traslación de aquella insigne mujer cuyo mérito y bello destino desconoció por tanto tiempo: dejó dispuesto la enterrasen en el convento de Santa Catalina de Eisenach, fundado por su esposo el duque Hermann.

Su cuñado Conrado, el mas fervoroso admirador y campeón suyo también, no sobrevivió largo tiempo á la ruidosa satisfacción con que enmendó los yerros y agravios hácia ella. Elegido por su piedad, su valor y singular modestia gran maestre de la Orden Teutónica, en la que le vimos entrar por espíritu de penitencia, consagró

<sup>1</sup> Bonfinii, *Rer. Ungaric.*, Dec. II, lib. VII, página 286; Wadding, t. II.

una gran parte de su poder y riquezas á la construccion de la basilica que lleva el nombre de Isabel en Marbourg, y de la cual le cupo la gloria de ser el fundador. Tal vez por activar y vigilar mas de cerca los vastos trabajos de esta obra, ó quizás por el afecto á aquellos sitios santificados por su cuñada, eligió la ciudad de Marbourg para centro y residencia de la Orden de que era jefe, é hizo levantar el palacio llamado de la *Encomienda*, cuyos restos se ven todavía. Su dilatada residencia en Hesse no le estorbó ponerse al frente del nuevo incremento y desarrollo que la Orden Teutónica iba tomando en Prusia, á donde llamado por el Duque de Masovia, acudió en defensa de los cristianos contra los paganos. Allí combatió con valor y talento; extendió las nuevas posesiones de la Orden, y recibió del Papa la investidura de esta provincia, teatro donde mas adelante alcanzó la Orden su mayor brillo. No quiso que le cogiera la muerte sin volver á Roma, donde, apenas llegado, cayó gravemente enfermo <sup>1</sup>; y adquirió durante la en-

<sup>1</sup> No están acordes los historiadores acerca de la fecha de su muerte; segun unos acaeció en 1240, y segun otros en 1243.

fermedad tal grado de pureza, no solo interior, sino sensible, que no le era posible soportar, sin sentir dolores agudísimos, la presencia de una persona manchada con pecado mortal <sup>1</sup>; de modo que cuantos le servian, se vieron precisados á vivir con gran pureza de conciencia. Era su confesor el Abad de Hagen <sup>2</sup>, de la Orden del Cister. Hallándose éste cierto dia á la cabecera de su cama, vió al Príncipe arrojado en éxtasis; y cuando notó que volvía de él, le preguntó qué era lo que habia visto. «Me hallaba, contestó Conrado, en presencia del eterno Juez, y examinaban con rigor mi suerte futura. Quiso, por fin, la justicia que yo padeciese cinco años de purgatorio. Mi cuñada Isabel se acercó al trono de Dios, y me alcanzó la remision de esta pena. Sabed, pues, que moriré de esta enfermedad, y que gozaré de la eterna gloria.» Murió efectivamente, despues de dejar dispuesto que su cuerpo fuese

<sup>1</sup> Theod. VIII, 6.

<sup>2</sup> Ibid. En las listas del Orden del Cister no se halla abadía alguna de este nombre; quizás Teodorico habrá querido designar á Heyn ó Haina fundada en 1140 á cinco leguas de Marbourg, segun Jongelinus, *Notitia abbatiarum ord. Cister.*

trasladado á Marbourg para ser colocado cerca del de Isabel en la iglesia que él habia comenzado para ella. Todavía hoy se ve su sepulcro, y sobre él la estatua del Duque piadosamente dormido en el Señor, y en la mano la disciplina que en las ruinas de Fritzlar presentó al pueblo para que le diesen golpes con ella <sup>1</sup>.

Este Conrado supo reparar sus yerros contra Dios é Isabel; pero no fue tan buen ejemplo imitado por su hermano Enrique Raspon, cuya vida se halla dolorosamente mezclada con la de los hijos de nuestra Santa, de que vamos á hablar ahora. Todos cuantos monumentos hacen mencion de ellos nos les presentan penetrados de reconocimiento hácia Dios que se habia dignado darles una Santa por madre, y justamente honrándose ante los hombres por distincion tan singular y gloriosa: así es que en sus cartas, lo mismo que en los escritos de oficio, siempre antes de los títulos de príncipes y nobles, ponian el de *hijo*, ó *hija de santa Isabel* <sup>2</sup>. Las dos niñas mas jóvenes, la segunda Sofia y Gertrudis,

<sup>1</sup> Véase el cap. XXXI.

<sup>2</sup> *Nos Sophia, filia beatae Elisabeth, landgravia Thuringiae*, etc. Carta de 1298. Gudenus, *Cod. di-*

acabaron tranquilamente sus dias en los asilos que la madre habia elegido para ellas, en medio de las vírgenes del Señor, la una en Kitzingen, y la otra en Aldenberg, cerca de Wetzlar. Ambas llegaron á ser abadesas de sus respectivos monasterios. Gertrudis fue elegida en 1249 y gobernó la Comunidad por espacio de cuarenta y nueve años; imitó á su santa madre en la piedad y caridad con los pobres, hasta el punto de que se le atribuyeron milagros, y siempre se la ha apellidado *Beata*. Murió en 13 de agosto de 1297 á los setenta años de edad; y á instancias del emperador Luis de Baviera el papa Clemente VI concedió indulgencias á los que celebraran su fiesta <sup>1</sup>. Todavía se conserva su sepulcro en Aldenberg, con otros muchos preciosos monumentos de su santa madre reunidos allí por ella con pio y cariñoso cuidado <sup>2</sup>. Los otros dos hijos de Isa-

plom. I, pag. 513. Su nieto Enrique tambien se firmaba *nepos S. Elisabeth*.

<sup>1</sup> La bula la traen los *Act. Sanct. August.* t. IV, pág. 142, *De beata Gertrude*.

<sup>2</sup> Tales son una casulla hecha de la tela de un vestido de la Santa, que era de terciopelo carmesí; una copa de plata dorada que le servia para dar de

bel, Hermann y Sofia la mayor, tuvieron bien diverso destino, y les cupo ser, como su madre, víctimas de la injusticia de los hombres.

Hermann, cumplidos en 1239 los diez y seis años de edad, entró en posesion de los Estados de su padre, gobernados hasta entonces por el duque Enrique. De allí á poco hizo á Francia, con objeto de visitar al rey san Luis, aquel viaje durante el cual la corte reunida en Saumur le tributó universal homenaje por ser hijo de quien era, segun vimos ya mas arriba; esmerándose la reina Blanca en las muestras que le dió de afectuosa ternura. Este jóven Príncipe se unió en matrimonio con Elena, hija del duque de Brunswick Oton; y cuando todo le anunciaba un porvenir feliz y brillante, murió en Creuzbourg, donde habia nacido, á los diez y ocho años de edad. Las gentes atribuyeron la precoz muerte del Príncipe á un veneno que por instigacion de su indigno tio Enrique le habia sido adminis-

ber á los pobres de su hospital; su anillo de novia (sobre el cual ha publicado Justi un trabajo notable) y otros varios objetos: parte de ellos fueron trasladados á la residencia del príncipe de Solms en el castillo de Braunfels. (*Justi*).

trado por una mujer llamada Berta de Seebach. Al espirar, manifestó el infortunado jóven el deseo de que le diesen sepultura en Marbourg al lado de su santa madre; mas Enrique, que al punto volvió á tomar las riendas del gobierno, no quiso ni aun dejarle este consuelo; y temeroso de que la madre le volviese á la vida, como con otros muertos lo habia hecho<sup>1</sup>, dispuso que aquellos restos mortales fueran conducidos al monasterio de Reinhartsbrunn donde todavía puede verse la losa de su sepulcro inmediato al de su padre.

Enrique Raspon, ya dueño único y legítimo heredero de las vastas posesiones de la casa de Turingia, no tardó en ponerse á la cabeza de la oposicion que los ataques del emperador Federico II contra la independencia de la alta nobleza y los derechos de la Iglesia provocaban de cada dia con mas fuerza en Alemania. Fulminada por el papa Inocencio IV en el concilio de Lyon sentencia de destronamiento contra Federico, naturalmente se encontró el Duque de Turingia entre los llamados á reemplazarle. Lícito es creer, á pesar de sus protestas de incapacidad, que la corona impe-

<sup>1</sup> Rothe, pág. 1733; *Vita Rhyt.* § 11.

rial era el blanco de su ambicion suprema: ello es que el Papa le exhortó á trabajar con todas sus fuerzas en pro de la causa de la cristiandad, y al efecto le envió considerables subsidios; en vista de lo cual consintió en ser elegido rey de romanos en la Dieta de Francfort en 1246, y fue consagrado el año siguiente. Con bastante buen éxito emprendió la guerra contra Federico y su hijo Conrado; pero de la nueva dignidad gozó corto tiempo, pues en 1248 fue arrebatado por la muerte y no dejó sucesion, á pesar de haber sido tres veces casado. En esta extincion de su raza vió el pueblo el justo castigo de su perfidia contra Isabel, no menos que del crimen de que se le tenia por autor contra su sobrino <sup>1</sup>. Esto no obstante, es de notar que el Príncipe habia dejado dispuesto el que su corazon fuera depositado en el convento de Dominicos fundado por él en Eisenach, como expiacion de las maldades que contra su cuñada cometiera.

Á consecuencia de esta prematura muerte quedó la Turingia entregada á todos los horrores de una larga guerra de sucesion. Extinguida en la persona del rey Enrique

<sup>1</sup> Rothe, 1729, *Vita Rhyt.*

la línea masculina de los antiguos Duques de Turingia, fueron sus vastos Estados devueltos á la línea femenina; y en consecuencia, se presentó á tomar posesion de los Estados de su padre, por sí y á nombre de su hijo Enrique llamado el *Niño*, á la sazón de edad de tres años, la mayor de las hijas de Isabel y del duque Luis, Sofia, casada segun ya vimos con el duque de Brabante, Enrique II el Magnánimo, célebre entre otros títulos por su afecto y devocion á la Orden del Cister. Sin dificultad fue la Princesa reconocida en Hesse, donde con gran sabiduría y entereza gobernó durante la minoría del Príncipe heredero. Mas por lo que hace á la Turingia, la Princesa halló un temible competidor en su primo hermano Enrique, llamado el *Ilustre*, margrave de Misnia, hijo de Guta, que era hermana del duque Luis y del rey Enrique. Al amparo de las discordias que estallaron en Turingia luego de muerto Enrique, y del general desconcierto que en todo el Imperio reinaba, logró hacerse dueño de una parte muy considerable de la Turingia, y especialmente del castillo de Wartbourg. No habiendo ya como en otros tiempos, desde el aniquilamiento de la casa de

Suabia, un emperador á quien todos respetaran y acudieran para terminar sus diferencias, en el santo Imperio romano, Sofia acudió á que la amparase un príncipe bizarro y amigo suyo, que era el duque de Brunswick Alberto, cuya hija fue desposada con el jóven Enrique de Brabante; mas en despecho del esfuerzo de este aliado y del valor con que la misma Sofia se presentaba á tomar parte en los trances de la guerra, el margrave Enrique logró asegurarse en el dominio de lo que tenia usurpado. Omitiendo los pormenores de esta lucha harto cruel, me limitaré á referir algunos significativos rasgos del carácter de Sofia; rasgos que demuestran cómo el pueblo, fiel á la memoria de la amada Santa, se complacia en embellecer su memoria con todo el prestigio de la poesia y la tradicion.

Se cuenta, por ejemplo, que en la primera conferencia que Sofia tuvo con el Margrave, éste se manifestó bastante dispuesto á oír á su prima; mas durante la conversacion, el señor de Schlottheim, mariscal del Margrave, tomándole aparte le dijo: «Señor, ¿qué es lo que vais á hacer? «Si fuera posible que tuiérais un pié en

«el cielo y otro en Wartbourg, debiérais «retirar el del cielo para mejor sujetar á «Wartbourg.» El Margrave se dejó persuadir y fué á decir á la Duquesa: «Amada «prima, yo necesito pensar este asunto y to- «mar parecer de mis vasallos.» Sofia al oírlo rompió en amargo llanto, y quitándose el guante de la mano derecha lo arrojó al aire diciendo: «¡Oh enemigo de toda justicia! á tí digo, Satanás, y te arrojó mi «guante para que lo arrebatas con todos «los pérfidos consejeros.» El guante desapareció por los ayres, y al poco tiempo el consejero murió de mala muerte<sup>1</sup>.

En otra conferencia celebrada mas adelante (1254), perdidas ya por Sofia las esperanzas de convencer á su rival con razones, ni reducirle por la fuerza, creyó que podia confiar á lo menos en su religion; y al efecto, sacando una costilla que traia de su santa madre, exigió del Langrave que sobre aquella sacra reliquia de la mujer que tanto honrara la Turingia, jurase estar persuadido y cierto de la justicia y razon de sus derechos en aquella contienda. Burlada quedó la noble y tierna confianza

<sup>1</sup> Grimm, Deutsche Sagen, ex Rothe.

de la hija en la influencia de la memoria de la madre y la conciencia del adversario, pues Enrique juró con la mayor frescura, y otros veinte caballeros apoyaron tambien este juramento.

Cual si quisieran expiar su ingratitud de otro tiempo para con santa Isabel, estaban ahora enérgicamente declarados y decididos los habitantes de Eisenach en favor de Sofia su hija, llegando su arrojo hasta poner sitio al castillo guarnecido por las tropas del Margrave, y construyendo al efecto dos fuertes con el designio de bloquearlo mejor. Pero Enrique sorprendió de noche la ciudad, y apoderándose de ella por traicion, hizo matar á los principales vecinos partidarios de la hija y nieto de Isabel; y para espanto de los que dejaba con vida, mandó que el mas decidido de estos partidarios fuese amarrado á una máquina de guerra y lanzado por ella á la ciudad de Eisenach desde lo alto del castillo. El intrépido ciudadano mientras caia por los aires iba gritando todavía: «Mal que os pesese, la Turingia pertenece al de Brabante.» Y hasta tres veces, dice la tradicion, sufrió el mismo suplicio, y repitiendo siempre: «La Turingia pertenece al de Braban-

te;» y que no murió hasta que cayó la vez tercera <sup>1</sup>.

Poco despues de esto habiéndose presentado la duquesa Sofia delante de Eisenach, llegóse á la puerta de San Jorge, la cual halló cerrada. Intimó á los de adentro que la abrieran; y como no le respondiesen, tomó una hacha, y dando con ella un fuerte golpe contra las sólidas tablas de encina de la puerta, hizo una profunda incision que doscientos años despues aun se veia en ella <sup>2</sup>.

Por último, el duque Alberto, completamente batido en 1265 y prisionero en poder del hijo del Margrave, tuvo que acceder á un arreglo definitivo. Por él debia renunciar Sofia á todas sus pretensiones sobre la Turingia, que entraba en la plena propiedad y dominio de la casa de Misnia; y en cambio la soberanía de Hesse quedaba garantida á su hijo Enrique el Niño y á sus descendientes; subsistiendo hasta hoy esta division de las dos provincias, de modo que las actuales casas de Hesse y Sajonia descienden de los dos príncipes rivales cuyos derechos quedaron fijados por

<sup>1</sup> Grimm, Deutsche Sagen. ex Rothe.

<sup>2</sup> Ad Ursin.